

recieron "La Cruz de madera," "La Orden" (romance relativo á la toma de Oaxaca por los insurgentes) y "El General Morelos." Hemos dicho que algunas obras se conservan inéditas. Desde 1846, los numerosos y entusiastas amigos del autor en el Estado de Veracruz, quisieron hacer una edición de todas sus poesías: el prólogo estaba ya escrito por Manuel Díaz Mirón y se extravió en la Secretaría del Gobierno cuando entraron los norte-americanos en Jalapa, á consecuencia de la batalla de Cerro Gordo. Posteriormente se presentaron diversos obstáculos: hace dos años se trató seriamente de llevar á cabo la publicación, y otro de los amigos de Díaz escribió un nuevo prólogo. En estas triunfó la revolución de Ayutla, y uno de los periódicos políticos que aparecieron en Jalapa sosteniendo las nuevas ideas, comenzó á publicar en su folletín los versos de Díaz; pero el nombre del autor del prólogo debió tener un sabor poco democrático para aquellos días de exaltación, y el prólogo se dió por extraviado, sin que, por otra parte, hubiese terminado la publicación del tomo lírico de Díaz, pues el periódico murió á los pocos meses de vida. Cuando se llegue á realizar el deseo de los amigos del poeta, se habrá añadido un nuevo y hermoso laurel á la corona literaria de nuestra República.

Septiembre de 1856.

FEDERICO BELLO Y SUS ESCRITOS.



No obstante haber sido honrado con la amistad de Bello el autor de estas líneas, poco ó nada tendría que contar á sus lectores, respecto de los primeros pasos del mencionado joven en la carrera de escritor público, si "La Civilización" de la Habana no hubiese publicado un artículo necrológico de donde vamos á tomar algunas noticias. Bello era una de esas rarisimas personas de mérito que jamás se ocupan de su propio individuo.

Nacido en Cádiz, Bello perdió á su padre cuando aún no tenía dos años de edad; poco tiempo después, la muerte le privó del cariño maternal, y quedó á cargo de unos tíos suyos. Pusiéronle en el colegio

de San Felipe de Cádiz. Hizose notar por su extraordinaria aplicación, por su capacidad y por su excelente carácter. En el número de sus profesores se contaba el señor D. Alberto Lista, maestro de casi todos los literatos que últimamente se han distinguido en España. Puede asegurarse que Bello fué uno de los que mejor se aprovecharon de sus lecciones. El mismo Lista no ha sido más castizo ni correcto que Bello en sus poesías.

A la edad de diez años compuso una comedia en verso, que intituló: "Cada cual marcha á su esfera." La representación, en el teatro del Valón de Cádiz, fué un triunfo espléndido para el autor: el público le hizo salir al palco escénico; las señoras más distinguidas le arrojaron flores; dos niñas le coronaron de laurel; terminada la representación, fué conducido á su casa en una carroza magnífica, dispuesta por los admiradores de aquel naciente y ya portentoso ingenio. A los once años dió á luz un tomo de poesías, "cuya edición —dice la "Civilización"— agotó en pocos meses la pública curiosidad, y de cuya publicación se ocupó toda la prensa de España."

Bello, poco tiempo después, se trasladó á Madrid, donde pasó no pocas angustias, enteramente falto de recursos para vivir. Tuvo noticia de su penosa situación el Ge-

neral Ros de Olano, y á sus recomendaciones se debió que Bello fuese empleado en el Ministerio de Fomento. A poco, renunció el destino y comenzó á escribir en el "Imparcial." "En él—añade la "Civilización"—se dió á conocer desde luego por su vasta erudición, sorprendente en un niño de poco más de veinte años, por la gallardía de su bello y animado estilo, y sobre todo, por el tino y talento con que trató las cuestiones más delicadas. A consecuencia de una serie de artículos que publicó en este periódico sobre la famosa obra del ilustré marqués de Valdegamas "Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo," y que le acarrearón no pocos disgustos y sinsabores, se separó de la redacción de este periódico y comenzó á trabajar en la "Historia general de España," que entonces publicaban los señores Gaspar y Roig bajo la dirección del Sr. Chao."

Entonces vino á Bello la idea de pasar á México; mas para hablar del tiempo en que vivió con nosotros, no necesitamos los apuntes de la "Civilización"; ni á sus propios recuerdos para su historia.

II

Bello, cuando ya estaba para venir á México, fué recomendado á los empleados de la Legación española. Bustamante, secretario de la misma Legación, trató de crearle simpatías, aun antes de que llegase. El día menos pensado nos presentó un jovencito desmedrado y raquítico de cosa de quince años de edad al parecer, perdido en un gran sobretodo de paño de Castor, del que apenas le salían la cabeza, los pies y la extremidad de las manos. Era de muy corta estatura, rubio, narigón, de ojos azules, no usaba pelo de barba y tenía el cutis sumamente irritado. Le hallamos grave y ceremonioso como un castellano viejo, y por principio de cuentas, nos hizo una gran reverencia y nos presentó una mano pequeñísima y huesosa que jamás estrechaba manos ajenas. Cuando habló, nos fué preciso hacer un esfuerzo acústico para oír sus palabras; tan débil y apagada así era su voz. La primera impresión no podía ser favorable á Bello, y con todo, pocos meses después, todos le queríamos y le respetábamos. No tenía quince años, sino cosa de veinticinco; diríase que

la precocidad de su talento había impedido su desarrollo corporal: sin abandonar nunca del todo la gravedad y las reverencias del primer día, supo querer á sus amigos y chancearse con ellos: si el órgano de la voz era débil, la idea era luminosa, y, al fin, Bello no había nacido orador, sino escritor. En suma, todos nos convecimos de que Bello era un hombre tan instruido y sabio cuanto apreciable.

La primera vez que rompió ante nosotros la corteza de su gravedad castellana, fué en la sobremesa de un convite campestre. Bello era de costumbres arregladas; pero, como no es humanamente dable la perfección cabal de la criatura, Bello consagraba á los buenos platos una predilección especial, que á veces se extendía á los de todo género: tenía el arte culinario casi en tanta estima como el arte poética de Horacio; pero, menos delicado que Lúculo, se extasiaba ante cualquier golosina, como aquel filósofo podría hacerlo ante una torta de lenguas de faisanes. La hora de la comida era para Bello la hora del buen humor, de las reminiscencias alegres, de los dichos agudos y de las bromas entre amigos. Durante los últimos meses de su permanencia en México, el gabinete de comida de Bello en el hotel de Iturbide, era uno de los puntos de reunión más agradables para cuantos le tratábamos con

intimidad. Allí se hablaba de teatros, de artistas, de literatura, de política, de crónica local y hasta de homeopatía; pero mientras el Dr. Sánchiz ensalsaba los pasmosos efectos de sus glóbulillos homeopáticos, ó Cagigas ideaba el plan de un nuevo periódico, invitando á toda la concurrencia á escribir párrafos venenosos en él, y contando con Bello como con su brazo derecho éste hacía repetidos honores á la sopa y las carnes; acababa con las frutas y los dulces de todos sus compañeros de mesa, sorbía indistintamente copas de cerveza y tazas de café; sacaba de la faltriquera un puro habano, casi de su tamaño, se enderezaba sobre las puntas de los pies, puestas en los barrótes inferiores de la silla, y ni así alcanzaba la llama de las velas, permaneciendo en tan penosa posición hasta que alguien se apiadaba de él y le encendía el puro ó bajaba el candelabro al alcance de su mano. Muchas veces sonaban las ocho de la noche y los abonados al teatro preferían la ópera los chistes de Bello, prolongando la reunión. De allí salía Bello á hacer ejercicio á pié para facilitar la digestión, y, generalmente, le acompañaba Cagigas. Una noche—de luna por cierto—entusiasmados en su mutua conversación y accionando con las manos, se metieron entrambos, asidos del brazo, en una de las acequias del paseo de Bucareñ.

sin advertirlo sino cuando ya tenían agua al pescuezo, y salieron con algún traíbajo, coronados de plantas acuáticas, á guisa de dioses marinos.

Durante el día, Bello visitaba á sus amigos; se paseaba por las calles ó escribía, si estaba de humor para hacerlo. Cagigas, en su calidad de editor, experimentaba pocas angustias con motivo de la indolencia de su principal redactor y muchas veces sólo podía darle caza á la hora de comer, llevándosele á que suministrase materiales para el periódico que iba á salir al siguiente día. La hora del alba sólo ejercía en Bello una influencia misteriosa: entrábase una gran pereza y se quedaba en la cama hasta la noche, meditando en las vanidades y farsas de la vida, y escribiendo indolentemente con lápiz algunas estrofas en arrugados sobres de cartas que ponía sobre la pasta de un libro. No sabemos si por no levantarse á buscar más papel, había contraído la costumbre de encerrar en medio pliego casi el contenido de un tomo en diez y seis avo. Escribía sus versos de un modo singular: ponía la primera palabra en el centro del papel y con una letra menudísima, aunque siempre legible, seguía escribiendo circularmente y sin separar un verso de otro, hasta tocar las extremidades del papel, y después sacaba en limpio lo escrito.

do los versos en el orden debido. Cuando le hallábamos acurrucado á las doce del día en la cama, donde apenas hacía bulto, y teniendo fuera de las sábanas únicamente las narices y un puro gigantesco á manera de boya, no podíamos comprender cómo aquel joven perezoso había podido atesorar una gran copia de saber en multitud de ramos diversos; pero alcanzábamos la explicación del enigma en sus días de actividad y en el verdaderamente extraordinario despejo de su inteligencia.

A mediados de 1856, aquel lecho tan pocas veces abandonado de Bello, quedó vacío, y su antiguo gabinete de comida recibió á nuevos abonados. Acabaron las reuniones, y los cuentos, y los dichos alegres. La mayor parte de nuestros amigos estaban en el destierro. En la lotería política, tocó bola negra á Cagigas y fué se á Cuba. El y Bello habían llegado á constituir una misma persona; Bello era la inteligencia de Cagigas, sin que á éste faltasen instrucción y talento propios; Cagigas era el brazo de Bello. Una vez desterrado Cagigas, su amigo inseparable le siguió al extranjero. Entrambos han vivido juntos en la Habana; se dedicaron á diversas ocupaciones; según sabemos, Bello sacó partido de su instrucción y era catedrático de un colegio; Cagigas ha in-

tervenido últimamente "La Civilización," periódico literario, de donde acabamos de tomar algunos apuntes sobre los antecedentes de Bello. Este joven todavía comió y platicó con sus amigos el 15 de Septiembre en la noche; á la mañana siguiente fué hallado muerto en su lecho. Las escenas alegres á que he aludido en los renglones anteriores, se ofrecen hoy á la memoria, contrastando singularmente con el dolor que nos ha causado la noticia de la muerte de Bello. En aquel cuerpo pequeño y raquítico había un corazón sensible y generoso, aunque algo lastimado por la ruda experiencia de la vida; había una inteligencia noble y grande que lo avasallaba todo. Jamás sorprendimos en Bello un rasgo de vanidad; jamás le vimos cometer una mala acción, ni le oímos quejarse de la suerte. Sin ilusiones respecto de muchas cosas de este mundo, pero con el chiste en los labios y la tranquilidad de un hombre recto en su conciencia, caminaba hacia el término adonde todos hemos de ir á parar. ¡Muy temprano llegó á él por cierto!

¡Duerma en paz en el sepulcro!

III

No intentamos dar idea de los escritos de Bello; en México todos los aficionados á las letras los conocen y el nombre del autor ha resonado muchas veces en España y en la América del Sur; queremos únicamente decir dos palabras acerca de sus ideas en política, en literatura y en religión.

Cuando se nos anunció la venida de Bello á México, se nos dijo que hacía hermosos versos. Pobre recomendación es ésta en el día, cuando la abundancia de los versos constituye una de las calamidades públicas, y cuando lo hermoso ó feo de ellos, más que por reglas fijas y generales, se mide por el gusto particular de cada individuo. Pero la verdad es que Bello escribía magníficas poesías, que eran, como si dijéramos, la florecencia de sus sentimientos, á la vez que de los multiplicados conocimientos que atesoraba en muchos ramos del saber humano, según más arriba dijimos. Los versos de Bello no se parecían, pues, á los versos de todo el mundo, y esto sin duda era efecto de que Bello sabía algo más que hacer versos.

Con efecto, el joven de quien hablamos, estaba versado en la literatura sagrada y en la antigua y moderna de los pueblos más cultos; reunía al conocimiento de algunos idiomas muertos y en uso, el de la historia y la filosofía; raciocinaba con la precisión de un matemático, sin desdenar por eso las galas del estilo que en él lo constituía una locución castiza, sobria, enérgica y apasionada ó tranquila, pero siempre clara y al alcance de todos los entendimientos. Recién venido á México, estuvo escribiendo en la sección literaria del "Universal;" posteriormente fundó el "La Iberia," periódico español redactado por él y un compatriota suyo, igualmente distinguido por su talento. Embarcado más tarde en la política del país, contribuyó á la redacción del "Pensamiento Nacional," substituido, á causa de su muerte violenta, por el "Pensamiento," que también murió á manos del Gobierno de Ayutla. Bello era un publicista consumado: con mucho tino trató cuestiones internacionales del más elevado interés, y en cuanto á teorías políticas y administrativas, publicó artículos que honran el periodismo mexicano y que llamaron justamente la atención pública en los días del "Pensamiento." Bello adoptaba en política casi todos los principios de la escuela conservadora, é hizo una oposición razonada y

enérgica á las primeras medidas que la administración actual dictó contra el clero y el ejército; de ello resultaron la muerte del periódico y el destierro de Cagigas, su propietario, á quien acompañó Bello á Cuba. Como literato, pudiéramos decir que en él se realizaba la teoría del duque de Rivas, desarrollada en el prólogo del "Moro Expósito," y que consiste en tomar de las escuelas clásica y romántica lo bueno que hay en cada una de ellas.

Dióse á conocer en nuestro país por medio de una leyenda en verso, intitulada: "La copa de aguamiel," que publicó el "Universal" en diversos números, y que hizo formar aventajadísima idea de las cualidades del poeta. Imaginación rica, facilidad y exactitud en la expresión, experiencia práctica de la vida y conocimiento profundo de las pasiones y de sus resortes, son ciertamente dotes que raras veces se hallan unidas en un mismo escritor. Agréguese á esto un estilo, un colorido peculiar y eminentemente atractivos, que sólo podían ser resultado de estudios estéticos laboriosamente seguidos, no en las páginas confusas de los metafísicos alemanes, sino en las páginas claras y brillantes de la naturaleza, y se tendrá idea de los inagotables recursos con que Bello contaba para cautivar al público. No obstante lo que dijimos de su pereza, publicó mu-

chales de poesías durante su permanencia en México y dejó casi al terminar unos "Cuentos de invierno," que aún no hemos visto publicados, y á cuya obra ignoramos si daría la última mano.

El poeta había perdido en parte la frescura de sus sentimientos, y los amores que cantaba en México, tributaban á veces demasiado culto á la materia, por el estilo de algunos de Meléndez Valdés, criticados con justicia por Gómez Hermosilla. Pero cuando se remontaba á los días de su primera juventud, hallaba toda la frescura y la pureza que trae consigo el amor inmaterial, y entonces era cuando describía por medio de una pincelada maestra la alegría que se apodera de los corazones avasallados á ese amor; entonces era cuando decía á una joven:

"Amor vino á tu alma, cual fiel golondrina
Que viene anunciando feliz primavera."

Entonces era cuando se acordaba de "su amada y del valle natal," en unas lindísimas octavas, tan dulces como los versos del Petrarca; entonces era cuando exclamaba entusiasmado:

"Dios quiso que la estrella del poeta
Fuese también la estrella del amor."

Entonces era, por último, cuando decía:

“Feliz la que ama, por más que llorosa
 Tal vez un momento su suerte maldiga!
 Si en su faz hermosa
 Un punto se posa
 Ligeró disgusto que el llanto mitiga,
 Muy pronto esa nube despeja su cielo,
 Que es pena su pena que espera consuelo,
 Y es carga su carga que nunca fatiga.
 Para ella el sol tiene más luz, más encanto,
 Para ella la tierra produce más flores,
 Para ella es el llanto
 Randal puro y santo
 Que infunde esperanzas y allivia dolores.”

Pero el corazón del bardo se había seca
 do á semejanza de los campos en el estío.
 Así lo dice en los siguientes versos:

“Espinas son del alma, que no rosas,
 Los versos que os envío;
 Que no pueblan pintadas mariposas
 El polvoroso llano en el estío,
 Cuando el sol inclemente
 Las galas seca del florido Mayo,
 Y en el estío ardiente
 La cigarra estridente,
 Del astro rey al insufrible rayo,
 Con ala resbinante
 Saluda al fatigado caminante.
 Tuvo mi corazón su primavera
 Y hoy marchito se halla:
 Por eso es ya mi voz ronca y severa
 Y el arpa, en vez de preludiar, estalla.

No está el trovador en cláusulas hermosas
 Sujeto á mi albedrío:
 Espinas son del alma, que no rosas,
 Los versos que os envío;

Véase al poeta en sus horas de desaliento:

“¡Dichoso el que combate
 Y á su propia desgracia desafía!
 ¡Feliz quien no se abate
 En sus horas de crisis ó agonia!
 También tuve algún día
 Lleno de fortaleza
 Mi corazón robusto;
 Mas hoy, lo siento, á flaquear empieza
 Del hado adverso ante el semblante adusto.
 Seca está de mis lágrimas la fuente;
 Está el verjel de mi esperanza seco;
 Mi pensamiento juvenil y ardiente
 Ya es flojo, débil, apocado y hueco,
 Ya el desaliento con sus brazos traba
 El genio de Titán que me animaba;
 Ya combatir no puedo,
 Y desarmado cedo
 De la suerte al amago;
 Mi propio pervenir me causa mjedo,
 Y lo presente me revela estrago.”

Veamos al filósofo

“¡Ay de la mamiposa

Que con sus leves galas
De flor en flor, envanecida vuela!
Que allí la sigilosa
Mano detiene el giro de sus alas
Y en áurea red la envuelve y encarcela!
Así la muerte vela,
Cual diestro cazador en los jardines,
Y asiste cual eterno centinela
Del mundo á los festines.
Allí al humilde y al magnate hiere
Sin que ninguno su segur esquive,
Confundido el lamento del que muere
Con el festivo canto del que vive.
¡Ay! Mariposas somos que volamos
De nuestra vida por la selva espesa,
Donde al fin tropezamos,
No en áurea red, sino en avara huesa!"

¿Se quiere ver al poeta en todo el brillo de su buen humor y de su charla festiva? Oigámosle:

"Pregúntasme si siento lo que canto
Y si me cabe duda en lo que siento;
Si encubro llanto cuando risa miento,
Si encubro risa cuando miento llanto.
Es ardua la pregunta, hermosa mía,
Y no menos difícil la respuesta:
Con gusto callaría,
Mas sé que mi silencio te molesta.
¿Qué quieres? Hay de todo.
Siento, mientras lo canto, lo que canto;
Mas ni á la risa eterna me acomodo,

Ni soy amigo del eterno llanto.
Y ya apuro una copa de ventura,
Ya un cáliz de dolor hasta las heces,
Y río algunas veces con locura
De aquello mismo que lloré otras veces,
En cuanto á la verdad, verdades digo;
Mas como puedo las adorno y pulo,
Que es la verdad incómodo testigo
Desnuda, sin ficción ni disimulo.
Así con mixtos de verdad y engaño
En arreglar mis cláusulas me amaño;
Que en este mundo que moverse miras
Vistiendo su vejez de novedades,
Nada es más útil que decir verdades,
Nada es más grato que contar mentiras."

En cuanto á sentimientos religiosos, Bello dejó publicadas diversas composiciones que en mérito literario no ceden á las que escribió en distintos géneros. Conoció es en México su hermoso poema relativo á la Santísima Virgen de Guadalupe. Nuestros lectores, por otra parte, recordarán "La voz de Dios" y algunas otras composiciones que aparecieron en el primer tomo de este periódico, que ha contado al eminente escritor en el número de sus colaboradores. Bello, en calidad de poeta religioso, no era deísta ó panteísta como Lamartine ó Bernardino de Saint Pierre: profesaba el cristianismo y rendía homenaje á la Iglesia católica. Veamos, en prue-

ba de ello, las últimas estrofas de su magnífica poesía intitulada "Cristo en la Cruz:"

"El Hijo de Dios era quien en la cruz moría:
Por eso el universo de su dolor criel
Al hombre indiferente señales ofrecía;
Por eso el sol turbado sus rayos recogía
Como un jinete acorta la rienda á su coçel.

"Murió, y al otro día, no ya cual roja tea,
Sino cual siempre brilla, brilló del sol la luz;
El velo se compuso del templo de Judea;
Tiberio disfrutaba los goces de Caprea,
Y nadie se acordaba del que murió en la Cruz.

"Mas la divina sangre vertida sobre el mundo
Fué bálsamo precioso de bendición y amor;
Y estremeció los ecos del bátraxo profundo
Con espantosos ayes el réprobo iracundo.
Al ver enarbolada la cruz del Redentor,
"Y ya de polo á polo los mundos ilumina:
De la verdad sagrada la inextinguible luz,
Y la cristiana Iglesia, que por doquier domina,
Tener ha merecido por bella y peregrina,
A Cristo por esposo, por ídolo su cruz."

Mientras los espíritus mezquinos dirigen sus ataques á la Iglesia, las inteligencias verdaderamente superiores la acatan y se prosternan ante ella. Depositaria de cuanto es noble, grande y hermoso en la

tierra, infunde valor á los guerreros é inspiración á los artistas; conserva, vencedores del tiempo, junto á la espada de Godofredo de Bouillon, los laureles del Tasso.

México, Octubre 12 de 1857.



INDICE.

	Pags.
Biografía de Don José Joaquín Pesado.	1
Datos y apuntamientos para la biografía de Don Manuel E. de Gorostiza.	207
Conferencia acerca de Don Manuel Carpio	371
Don José de Jesús Díaz.....	393
Federico Bello y sus escritos.....	409

